

VIII.

En el otoño del mismo año, una noche del mes de Setiembre, se representaba en la Ópera el *Roberto*. La marquesa de Talyas, que era una joven rubia de extraordinaria hermosura, ocupaba su palco del día de moda, en compañía de su marido, de los señores de Livernay, sus primos, y dos amigos más.

Hacia el final del tercer acto, el señor de Talyas, que era un hombre alto

y muy elegante aún, á pesar de sus cuarenta y cinco años, interrumpió de pronto su conversación con la señora de Livernay, y dirigió sus gemelos con extraordinario interés á una de las butacas de orquesta.

—¡Pardiez! (exclamó.) Es mi valiente amigo.

Y al mismo tiempo se levantó con precipitación, y, cogiendo su sombrero, salió del palco.

—¿Por qué se va tan de prisa?—dijo la señora de Livernay á la señora de Talyas.

La joven y rubia Marquesa hizo con la mano y con la cabeza un gesto de suprema indiferencia, como una mujer que ha renunciado desde hace tiempo á penetrar los secretos de su marido. Sin embargo, después de un minuto de reflexión, levantó los ge-

melos, fijando su objetivo en las primeras butacas de orquesta. Casi en seguida vió al señor de Talyas en animada conversación con un joven, que parecía manifestar viva sorpresa. Después cambiaron un apretón de manos, y el marqués de Talyas volvió á entrar en su palco.

— No me había equivocado (dijo alegremente): ¡es él, mi valiente salvador! ¡Estoy contentísimo con haberle encontrado!.... ¡Siempre tan simpático!.... ¡Le habéis visto, querida mía?

— ¡Pero de quién habláis? — preguntó la Marquesa.

— ¡De quién ha de ser! ¡Del joven del campanario!

— ¡Ah, ya! (dijo la marquesa de Talyas sin ningún entusiasmo.) Pero contad la historia á estas señoras, que,

como no comprenden nada de lo que pasa, os tomarán por un loco.

Todos los que había en el palco insistieron en conocer la historia del joven del campanario, y en el momento en que las almas culpables del *Roberto* salían en silencio de sus tumbas, el marqués de Talyas empezó su relato en estos términos:

— Ya sabéis que durante esta desgraciada guerra yo mandaba los móviles de mi departamento. Después de las jornadas de Orleans, quedó en cuadro mi batallón: yo procuré llenar sus bajas como pude, recogiendo los dispersos de todas las armas que venían á ingresar en nuestras filas, porque mi batallón tenía fama de estar bien organizado, aun en medio de aquel desorden.... Una mañana llegó, entre otros, un joven que había sentado pla-

za en los zuavos al principio de la guerra; su regimiento estaba prisionero en Alemania, y él se había salvado, no sé de qué manera, por Bélgica, viniendo á reunírseos al ejército del Loire.... Era un guapo chico, y me gustó en seguida por su buen aspecto y por su energía. Cuando estaba algo entusiasmado, con sus retorcidos bigotes, su kepis echado hacia atrás y sus ojos de fuego, me hacía pensar en aquellos distinguidos personajes de la corte de los Valois....; no le faltaban más que pendientes en las orejas. Tenía además otra cosa que me hizo quererle: siempre, estuviéramos donde estuviéramos, ya entre nieve, ya entre fuego, acostumbraba á arreglarse cuidadosamente las uñas todas la mañanas.... Esto me recordaba la frase de Darú á Beyle, durante la retirada

de Rusia: «¿Os estáis afeitando? Sois un valiente».

—Durante la retirada hacia el Mans, mi batallón se encontró un día en una posición bastante difícil. Sin entrar en explicaciones estratégicas que incomodarían á estas señoras, y que yo soy, por otra parte, incapaz de recordar, os diré, en dos palabras, que estaba apostado con mi batallón en un pueblo, donde debíamos sostenernos el mayor tiempo posible. Había colocado un grupo de mis hombres en las casas y los jardines, y yo me había atrincherado con el resto detrás de una fuerte barricada en la calle más ancha del pueblo. Enfrente de nosotros, y próximamente á la distancia de un kilómetro, había un bosquecillo, detrás del cual estaban los prusianos haciendo fuego sobre nosotros, y á los cuales

respondíamos como podíamos con nuestros fusiles de chispa y nuestro obús; pero como su ataque era débil y oíamos un fuego nutridísimo á nuestra derecha é izquierda, estábamos, tanto mis soldados como yo, muy inquietos. La campiña que ocupábamos se hallaba situada en bajo, y ocultada por un bosque de hayas que nos impedía ver lo que pasaba en nuestros flancos.... Yo buscaba un observatorio desde el que pudiera dominar algo el terreno. La iglesia del pueblo, en la que se apoyaba uno de los lados de nuestra barricada, estaba entonces en reparación, y se había dejado una escalera apoyada contra el muro. Me serví de ella para subir á una galería con balaustrada que rodeaba el campanario á la altura de las campanas. Apenas estuve allí, vi que dos pueblos cercanos, que estaban

á nuestra derecha é izquierda, habían sido tomados, dejándonos completamente aislados: por los dos lados el enemigo venía hacia nosotros, al mismo tiempo que la tropa que teníamos enfrente salía del bosque iniciando su movimiento de avance. Habíamos caído en una red, y no nos quedaba más remedio que huir, si podíamos. Hice la señal convenida; sonó la corneta tocando retirada, y el batallón se replegó, retirándose á paso ligero hacia el bosque situado á nuestra espalda. Á pesar del pánico, mis soldados retiraban valerosamente su obús; pero al arrancarle de la barricada, en medio de aquel barullo, dejaron caer mi escalera á la calle, sin acordarse de que yo no había bajado aún; pues quería permanecer allí hasta el último minuto para tranquilizar á mis soldados.... Y, es claro, cuando fui

á bajar (y os aseguro que ya era tiempo), me encontré sin la escalera.... Llamé, grité....; pero el ruido de la pelea ahogaba mi voz, y mis soldados corrían como alma que lleva el diablo. ¡Estaba abandonado en lo alto del campanario!

—Hubiera querido veros, — dijo la Marquesa.

—Confieso (añadió el Marqués) que me encontraba en una situación muy crítica. Estaba en gran peligro, y lo peor del caso es que, á pesar del peligro en que me hallaba, me encontraba ridículo. Debía tener el aire de un polichinela sobre su escenario.... Afortunadamente, los prusianos no conocían mi situación, pues aunque me veían perfectamente, lo cual comprendí muy bien, creían precisamente por eso que el pueblo estaba aún ocupado....; pues si no habrían dejado de hacer fuego, lo

cual no hicieron, continuándole, por el contrario, más intenso que nunca, con objeto de destruirlo y ocuparlo inmediatamente.... Pensé poner mi pañuelo en la punta del sable para parlamentar. Esto me contrariaba...., pero no tenía más remedio que pensar en ello, cuando de pronto, oí que me llamaban en voz baja.

—» ¡Mi comandante!

»Miré, y reconocí á mi joven personaje del tiempo de los Valois.... Se había apercibido de mi ausencia, y volvía á buscarme.... ¡pero solo!.... ¡Se necesitaba valor!

—» ¡Mi comandante!

—» ¿Qué queréis, amigo mío?

—» No podéis permanecer ahí.

—» ¡Pardiez! ¡No he tenido más remedio que hacerlo! Han tirado la escalera.

»El joven lanzó una exclamación bastante poco parlamentaria.

—»¿Y no podéis bajar por el interior de la iglesia, mi comandante?

—»¡Imposible! Á no ser que baje montado en una campana.... Vamos; gracias, hijo mío; salvaos; no esperéis más tiempo.

—»¡Esperad un poco!—me gritó.

»Al mismo tiempo, le vi saltar por encima de la barricada, y disponerse á levantar la escalera.... Levantar una escalera de aquel tamaño, era para un hombre solo, aún en circunstancias ordinarias, un trabajo muy difícil; pero cuando era preciso hacerlo bajo un fuego nutridísimo, os juro que era un hecho heroico.

»Entretanto, los prusianos se presentaban ya á la entrada de la calle, haciendo algunas descargas de me-

tralla contra la abandonada barricada, delante de la cual trabajaba el valiente joven.... Ya no pude contenerme más.

—»¡Huye, huye! (le grité.) ¡Vas á hacerte matar! ¡Vete pronto!.... ¡Me harán prisionero!

—»¡Pero si es que la iglesia está ardiendo, mi comandante!

»Era verdad. Una descarga de los obuses había prendido fuego á la armadura del tejado, que había empezado á arder rápidamente.... Al ver aquello, confieso que tuve miedo, y dejé obrar al joven....; por fin, después de un gran esfuerzo, consiguió levantar la escalera.... No tardé un segundo en bajar.... Estreché al joven en mis brazos, y le hice lanzar un grito.... Tenía un hombro medio deshecho. ¡Pobre joven! Pero era valiente como un león, de suerte que

conseguimos ganar el bosque, animándonos mutuamente.... Al día siguiente, como mi joven salvador estaba mal de su herida, encontré medio de esconderle en casa de unas pobres gentes, que me prometieron cuidarle....

»Pues bien: desde entonces no le había vuelto á ver.... Ignoraba su nombre, no sé si porque él no me lo dijo, ó porque yo le había olvidado.... Quise informarme después en casa de las personas á quienes yo se lo había dejado para que le cuidaran, y no lo sabían tampoco.... De manera que juzgad la sorpresa y el placer que habré experimentado al encontrarle ahora en medio de la Ópera.... Mirad, mirad su tarjeta.»

La Marquesa tomó la tarjeta, y leyó á media voz:

—«Felipe de Boisvilliers de La Roche-Ermel.»

—¡Ay, Dios mío! ¡Cuánto me alegraría verle de cerca!—dijo la señora de Libernay.

—Prima mía, alegraos (dijo el señor de Talyas). ¡Ahí le tenéis!....

Después de semejante prefacio, la entrada de Felipe Boisvilliers en el palco fué, como era natural, un triunfo. Hasta la marquesa de Talyas, que era muy poco expresiva, se levantó ligeramente y le tendió su pequeña mano, elegantemente enguantada hasta el codo.

—Celebro conoceros, —le dijo con una vaga sonrisa.

Felipe se sentó detrás de la Marquesa, y ésta se puso á interrogarle por encima del hombro.

—¿Habéis tardado mucho tiempo en curar de vuestra herida?

—Bastante, señora. He ido con mi padre á pasar tres meses á Cannes, para acabar de restablecerme.

—¿Pero ahora estáis ya bien del todo?

—Completamente bien, señora.

—Según eso, nos veremos á menudo este invierno, ¿verdad?

—¡Señora!....

—Ya sois casi de la familia.... El haber sido hermanos en la batalla, es un vínculo....

—¡Señora!....

—Caballero (dijo á su vez la señora de Libernay, que era una hermosa mujer, morena y de ojos ardientes): también yo soy de la familia, y os ruego que os acordéis de ello mañana por la noche, que nos reuniremos en casa

unos cuantos amigos...., de confianza, por supuesto.... Si estáis ya lo bastante fuerte para bailar...., ó aunque no bailéis...., siempre seréis muy bien recibido.

—Mil gracias, señora.

El entreacto iba á terminar, y el Marqués quiso acompañar á su amigo hasta la butaca. Cuando volvió á entrar en el palco encontró á todos los que allí había, ocupados en comentar las proezas de su joven amigo, á excepción de la Marquesa, quien, como ya hemos dicho, era muy poco expresiva.

Felipe de Boisvilliers, después de su estancia en Cannes, volvió á instalarse en París, donde el drama terrible de los acontecimientos había hecho olvidar su mal suceso literario, y donde se creía, por otra parte, rehabilitado

ya completamente á los ojos de sus amigos por su buena conducta durante la guerra.

Su padre aventuró una tímida tentativa para llevarle con él á Boisvilliers; pero Felipe le preguntó, enrojándose, si su prima Juana estaba ya casada, viéndose precisado el señor de Boisvilliers á contestar que no; por lo cual el joven persistió en su proyecto de volver á París para prepararse allí á los exámenes del Consejo de Estado.

—Os aseguro, hijo mío (dijo el señor de Boisvilliers), que vuestra aversión hacia la pobre Juana es una manía, pues es una muchacha que á todo el mundo le gusta.

Pero esta insinuación no impresionó á Felipe. Su antipatía por su prima, ligándose á sus profundas impresiones de la infancia, cuya fuerza era tan per-

sistente, no había disminuído ni con el tiempo ni con la ausencia.

Esta pequeña escaramuza no alteró en nada la perfecta reconciliación entre el hijo y el padre, quien desde aquel momento no dejó pasar nunca más de tres meses sin ir á ver á Felipe.

Era la segunda vez que desde su estancia en París asistía el joven á una representación de la Ópera, cuando se encontró con su antiguo comandante, y, ¡cosa extraña!, Felipe había ido allí aquella noche atraído por el deseo de volver á ver á la marquesa de Talyas, cuyo nombre ignoraba; pero cuya belleza singular le había llamado la atención el lunes anterior; pues las heridas recibidas, tanto en la guerra como en amor, no habían calmado en nada su ardiente sangre, y el joven y heroico soldado conservaba en

todo su vigor las románticas disposiciones que habían distinguido tan eminentemente al autor de *Fredegunda* y al enamorado de Mary Gérald.

A pesar de su temperamento apasionado, se comprende bien que su admiración por una mujer á quien sólo había visto una vez en el teatro, no podía haber tomado aún el carácter de una pasión seria; sin embargo, entre las sensaciones halagüeñas que Felipe recogió en el palco de la Marquesa, no dejó de experimentar alguna contrariedad al reconocer en aquella hermosa rubia, que tanto le había llamado la atención, la mujer del hombre á quien había salvado la vida, y al cual debía un servicio parecido. Felipe se consoló con la idea de que en adelante sería de la familia, como le había dicho la Marquesa, y, por consi-

guiente, la miraría como á una hermana, y no le desagradaba tener una hermana tan hermosa.

Al día siguiente, por la mañana, Felipe recibió la visita del marqués de Talyas, cuyas francas maneras y generosa cordialidad le llegaron al alma.

Cuando por la noche encontró á la Marquesa en casa de la señora de Libernay, procuró hacerse á la idea de que debía mirarla bajo un punto de vista exclusivamente fraternal; pero la joven no tenía el aire de una hermana, sino el de una ninfa, el de una diosa, el de una Marquesa, el de la amante de un rey, y el de una refinada parisién sobre todo; pero de ninguna manera el de una hermana.

La Marquesa tenía entonces veintiocho años. Sus hombros finos y sonrosados, su pura frente, sus cabellos de un

rubio ligeramente castaño , y su sonrisa casi ingenua, la hacían aparecer de sólo diez y seis. Pero , por un extraño contraste, su mirada, que revelaba malicia, era la de una mujer que tiene mucha experiencia, y había en ella tal expresión de energía, de atrevimiento y de dureza, debida á que sus ojos despedían una claridad azulada y metálica como la del acero , que subyugaba é imponía. Estaba , además, la Marquesa admirablemente formada, y como lo sabía, llevaba siempre , tanto al baile como al teatro , su busto desnudo y un poco inclinado hacia adelante como en ofrenda. Muchas veces parecía negligente, cansada y medio escondida en su palco; pero cuando se levantaba, se veía que todo aquello no era más que apariencia , y que aquella mujer tenía la flexibilidad ondulante

de las razas felinas , así como también su gracia seductora. Montaba á caballo como una artista de un circo , con gran intrepidez , y podía estar todo un día de caza, y bailar en seguida hasta el amanecer del siguiente , sin demostrar la más leve fatiga , sonriente y alegre siempre como un niño que se divierte....; pero la Marquesa no se divertía tan fácilmente.

Felipe valsó con ella algunas veces, preguntándose cuál sería el alma de aquella estatua; pero creemos que antes de llegar á saberlo tendría que preguntárselo más de una vez. Entre tanto, el joven veía perfectamente que no era esta una reina de teatro como aquella que había amado en otro tiempo , sino una reina verdadera, con sangre azul en las venas , y de raza hasta la punta de las uñas.

La marquesa de Talyas hablaba poco, y casi siempre con tono displicente, y algunas veces con acento imperioso y duro. Era á menudo cruel.

Felipe fué á verla al día siguiente, y la Marquesa le presentó á su hijo, que tenía siete ú ocho años. El niño era muy hermoso, y venía acompañado de un aya inglesa.

—Juan (dijo la Marquesa): aquí tienes al señor de Boisvilliers, que ha salvado la vida á tu padre: abrázale.

—¡Oh, ya lo creo!—dijo Juan lanzándose sobre Felipe con los brazos abiertos.

—¿No es verdad que es muy hermoso mi hijo? (replicó la Marquesa, abrazando al niño á su vez.) Pero ¡Dios mío! ¿qué te han puesto en la cabeza, Juanito?... ¡Señorita Mortimer!

El aya se aproximó, ruborizándose.

—¿Qué pomada ponéis á Juan?

—Mi pomada, señora.

—Pues bien, vuestra pomada infecta, señorita (dijo la Marquesa). Mirad, por gusto, señor de Boisvilliers, —añadió, posando su blanca mano llena de brillantes sobre los cabellos de su hijo.

Felipe se inclinó hasta casi tocar la cabeza de Juan.

—Yo no noto eso que decís...., sino que me parece que huele muy bien....

—¡Ya lo creo! Como que estáis oliendo mi mano,—dijo la Marquesa.

Felipe, que no estaba ya en el estado de la inocencia, tuvo al pronto una vaga idea de que aquella mano le había sido presentada con un poco de coquetería; pero al mirar la cándida sonrisa que jugueteaba sobre los labios